

ninguna manera acercarse aunque lo procuraron diversas veces, no con pequeño riesgo de que alguna barca zozobrase, entrando por todas partes golpes de mar que los cubrían, mojando algunos de los nuestros arcabuceros que les hacía notable daño.

CAPÍTULO LXV. *Que prosigue la jornada y descubrimiento de las islas y tierras de la parte austral y mediodía*



ISTO PUES EL POCO REMEDIO DE SALTAR EN TIERRA determinaron volverse con harto pesar y tristeza de no poder cumplir su deseo y más de no poder traer a la armada las nuevas que deseaba tanto, así de puerto (porque aunque la zabra había surgido, estaba en gran peligro por ser toda piedra y poco abrigo) como de agua, de que llevaban sobrada necesidad y de el trato de la gente; ya volvían atrás los barcos, en demanda de los navíos, con el pesar que hemos dicho, cuando con valeroso ánimo (no estimando el peligro) se levantó en pie Francisco Ponce, mancebo orgulloso y valiente, natural de Triana; y culpando la vuelta con determinación, sin ver nada se desnudó a gran priesa, diciendo que si al primer peligro que su suerte les ofrecía huían el rostro, que qué esperanza podía haber de salir con victoria en los venideros; pues era fuerza en tan apartadas regiones, tan lejos de la patria, en puertos no conocidos, mares no navegados y entre gentes bárbaras, haber de pasar algunos, que él se determinaba, aunque el mar le hiciese pedazos en las peñas, llegar a tierra y procurar la paz con los indios pues era de tanta importancia el hacerlo. Dichas estas palabras se arrojó por la popa de la barca a el agua, encomendándose a Dios, con un rosario a el cuello, y en breve espacio llegó donde el mar con furioso ímpetu batía en los peñascos; y asiéndose con fuerza de uno, salió arriba, aunque con cuidado de los bárbaros, que agradados de la determinación de el mancebo, salieron a recibirle, abrazándole con muestras de mucho amor y besándole a menudo en la frente, haciendo el español lo mismo, por pagarles su voluntad y caricias.

Visto el animoso hecho de el español por los nuestros, queriendo imitarle, se arrojó también a el agua Miguel Morera, natural de Ayamonte y otros dos marineros de el batel de la almiranta, arribando a tierra con el propio riesgo, donde fueron de los indios recibidos con el mismo gusto que los primeros. Traían en las manos los valientes bárbaros lanzas de palo grueso y tostado, de veinte y cinco, hasta treinta palmos de largo los unos; y los otros macanas, hechas de madera de palma; y otros bastones gruesos. Tienen su habitación en casas pajizas, a la orilla de el mar, entre las palmas, de que hay grande abundancia, sirviéndoles su fruto de comida y algún pescado de el mar; viven desnudos, son de color mulatos; pero bien hechos de miembros y bien agestados, Trataron con ellos los nuestros, por señas bien entendidas, que se viniesen algunos a los navíos, donde se-

rían regalados y vestidos. Viendo no poder acabar con ellos lo que intentaban dieron, con alguna tristeza, la vuelta a el mar, nadando con animoso brío hasta llegar a las barcas, que recibidos en ellas, diciendo lo que pasaba, dieron la vuelta hacia los navíos; y visto por los indios se arrojaron a el agua ocho o nueve de ellos y con algún miedo, aunque acariciados de los nuestros, llegaron a los bateles, que viéndolos venir se detuvieron, persuadiéronles a que se embarcasen, dándoles algunos cuchillos y otras cosas con que mostraron alegrarse; pero no por eso quisieron fiarse de ellos. Volvieron a tierra, donde los esperaban los suyos.

Viendo, pues, que la noche venía y poco el remedio de llevar indios a bordo, dieron vuelta a los navíos, donde hicieron sabidor a el capitán de lo sucedido, el cual mandó que aquella noche se pairase por la parte de fuera, para que el siguiente día se pusiese por obra lo que más conviniese. Gastóse la noche en esto; pero venida la mañana se hallaron como ocho leguas apartados de aquel paraje, la costa abajo, causando a todos gran disgusto, viendo ser imposible volver atrás, ni ver los indios; pero descubrieron la tierra en frente, que era la misma que habían dejado, con harto placer y alegría, por entender hallarían en ella gente. Echóse la barca de la capitana fuera, quedando las naos barloventeando por falta de puerto, yendo con ella diez o doce hombres, con intento de buscar agua y gente, para seguir desde allí su camino en demanda de su intento. Llegada que fue la barca a el reflujo de el mar, hallaron la salida tan dificultosa que si no era con peligro de las vidas, apenas había por donde; mas venciendo con animosos pechos el conocido riesgo, se determinaron (fiando en Dios) a echarse a el agua; y así llegaron la barca hacia un peñasco, que cuando el mar reparaba algún tanto su fuerza descubría punta, no dejando de ser combatidos de las olas con furioso ímpetu, por todas partes, metiéndose mucha agua en la barca hasta que llegaron a el peñasco, que viendo el alférez una breve ocasión de poder saltar, se arrojó a él saliendo de allí a tierra, estribando en el venablo con el agua a la cinta; lo mismo hicieron algunos, en aquel breve espacio que el mar se había retirado adentro, para volver con mayor fuerza a batir las peñas; los que habían quedado, pareciéndoles que no llegaría tan presto el mar, aunque montañas de agua les amenazaban, se arrojaron a el peñasco con los arcabuces y frascos en los hombros por no mojallos; mas uno de los de la compañía, siendo el postrero en la salida, aunque vido venir la mar, por no quedarse en la barca, encomendándose a Dios se arrojó a el agua, donde le parecía que podía estar la peña, porque ya el mar la tenía cubierta de todas partes de espuma; pero como el batel no podía estar quieto, se alargó de el peñasco hacia adentro, lo que bastó para que el español cayese a fondo con la turbación que creerse puede; pero como después de el favor divino le valió el nadar, y salió arriba sin perder el arcabuz que, por sentir en más la vergüenza de el perdello que el peligro en que estaba, no quiso dejarlo, al fin, con fuerza y ánimo, procuraba llegarse a la roca que ya la veía; pero el mar, que traía inquieta la barca, con furioso ímpetu la venía arrojando a la misma parte, no con pequeño espanto de algunos que se habían quedado para guarda

de ella, pensando que le haría pedazos, dándole voces que se apartase; mas ni el español podía hacerlo, ni dejar de perder la vida, si el alférez Pedro López de Sojo, viendo su peligro, no se abalanzara a el agua; y entrando hasta donde pudo no le diera el cuento de el venablo, que asido de él salió a tierra con harta alegría de los compañeros y admiración de que en trance tal no hubiese perdido las armas.

Llegados, pues, a un recuesto que estaba cerca de la orilla y a la entrada de un pequeño bosque de palmas y otros árboles, se detuvieron a determinar por dónde entrarían a buscar el agua tan deseada y juntamente alguna población; y mirando al mar vieron bogar, a gran priesa, el batel de el almiranta acercándose a tierra, en que venían ocho arcabuceros. Esperaron a que saltasen en tierra para entrar juntos al bosque; llegada que fue su barca, dejaron el agua con el mismo riesgo que los otros, a quien saludaron con suma alegría, comenzando su camino por el espeso bosque, cortando algunos de los nuestros, con las espadas, las ramas, hasta que cerca de otra ensenada de mar muerta, que está de la otra parte de la isla, dentro de el mismo bosque, descubrieron una redonda plaza cercada de pequeñas piedras; y en la una parte de ella estaban algunas mayores que se levantaban de el suelo como codo y medio, arrimadas a un árbol grueso y alto, de cuyo tronco pendían muchas hojas de palmas tejidas que caían sobre las piedras levantadas, que estaban en forma de altar, donde sin duda residía el enemigo de los hombres, donde engañando a los bárbaros que allí estaban daba sus dudosas respuestas. Visto esto por los nuestros, deseando que donde era respetado el morador de las tinieblas se plantase la real insignia, donde dio por nosotros la vida el Señor de la Luz, comenzaron con fervor cristiano, con cuchillos de monte, a desgajar un árbol, de que formaron una levantada cruz, platándola enmedio de la plaza; y con sumo regocijo, postradas las rodillas en tierra, puestos en el cielo los deseos, dieron a Dios alegres alabanzas, pidiéndole con humildes corazones tuviese por bien que pues a tan remota parte, jamás pisada de pie cristiano, había concedido gozase y tuviese tan soberano bien, como el de su real estandarte, no permitiese por los méritos de su pasión sagrada, que a la feroz serpiente durase tanto la fuerza y poderío, sobre aquellos miserables idólatras, ni que en ninguno de ellos hubiese atrevimiento para tocar con sus indignas manos la victoriosa cruz.

